

# LOS ALIENÍGENAS

## Arkadi y Boris Strugatsky

No hace mucho, en una revista de divulgación científica apareció un extenso ensayo sobre los excepcionales sucesos acaecidos en julio y agosto del año pasado en los alrededores de Dushanbé. Es de lamentar que los autores del ensayo, por lo visto, hayan utilizado información de segunda y tercera mano —además, de manos inescrupulosas— y contra su voluntad hayan presentado la esencia y las circunstancias del suceso de manera absolutamente inexacta. Las divagaciones acerca de los «saboteadores telemecánicos» y los «monstruos de silicio orgánico», al igual que los testimonios contradictorios de los «testigos», que afirman haber visto montañas ardiendo y vacas y camiones engullidos enteros, no soportan la menor crítica. Los hechos fueron mucho más sencillos y, a la vez, mucho más complicados que estas invenciones.

Cuando quedó claro que el informe oficial de la Comisión de Dushanbé tardaría en aparecer en la prensa, el profesor Nikitin me propuso a mí, uno de los pocos verdaderos testigos, publicar la verdad acerca de los alienígenas. «Exponga lo que vio con sus propios ojos —dijo—. Exponga sus impresiones tal como las expuso para la Comisión. Puede utilizar nuestros documentos, aunque será mejor que se limite a sus impresiones. Y no se olvide del diario de Lozovski. Tiene derecho a hacerlo».

Al iniciar la narración, advierto que haré todo lo posible para atenerme a las indicaciones del profesor —tratar de expresar solamente mis impresiones— y que expondré los sucesos tal como ocurrieron desde nuestro punto de vista, desde el punto de vista del destacamento arqueológico dedicado a las excavaciones del llamado «castillo De Apida», a cincuenta kilómetros al sureste de Penzhikent.

Formaban el destacamento seis hombres. Había tres arqueólogos: el jefe, a quien llamábamos también el «patrón», Boris Lozovski, el tadjiko Hamil Karimov, viejo amigo mío, y yo. Además, en el destacamento había dos obreros, vecinos del lugar, y el chofer Kolia.

El «castillo de Apida» es un cerro de unos treinta metros de altura, situado en un angosto valle encajonado entre montañas. Por el valle discurre un río estrecho, muy limpio y frío, repleto de peñascos redondeados y lisos. A lo largo del río pasa la carretera que lleva al oasis de Pendzhikent.

En la cima del cerro excavamos unas viviendas de los antiguos tadjikos. Al pie plantamos el campamento: dos tiendas de campaña negras y una bandera carmesí con el dibujo de una moneda sogdiana (un círculo con un agujero cuadrado en medio). El castillo tadjiko del siglo III de nuestra era no tenía nada de común con las murallas almenadas y los puentes levadizos de los castillos feudales de Europa. Tras la excavación aparecieron dos o tres explanadas lisas, encuadradas por una tapia de dos palmos. Prácticamente lo único que quedaba del «castillo» era el suelo. Allí podíamos encontrar madera carbonizada, fragmentos de vasijas de arcilla y escorpiones bastante contemporáneos, y, con suerte alguna antigua moneda verdinosa.

El destacamento tenía a su disposición un camión, un tronado GAZ-51, en el que con fines de exploración geológica hacíamos largos recorridos por los deleznable caminos de la sierra. La víspera del día en que hicieron su aparición los alienígenas Lozovski marchó en este camión a Penzhikent a por víveres, y esperábamos su regreso en la mañana del 14 de agosto. El camión no volvió, iniciando con su desaparición una cadena de sucesos asombrosos e incomprensibles.

Yo estaba sentado en la tienda y fumaba aguardando a que se lavasen las tejoletas puestas en una jofaina sumergida en el río. El sol parecía pender en el cenit, aunque eran ya las tres de la tarde. Hamil trabajaba en lo alto del cerro: allí giraba al viento polvo de

arcilla y se veían los sombreros de fieltro blanco de los obreros. Crepitaba el infiernillo, se cocían las gachas de alforfón. El ambiente era sofocante, tórrido y polvoriento. Yo fumaba pensando en los motivos que podían haber hecho que Lozovski se detuviera en Pendzhikent y se retrasara ya seis horas. Se nos había acabado el queroseno, nos quedaban solamente dos latas de conservas y medio paquetillo de té. Sería muy desagradable que Lozovski no volviera durante el día. Pensé otro motivo (Lozovski había decidido telefonar a Moscú), me levanté, me desperecé y por primera vez vi a un alienígena.

Estaba de pie, inmóvil, frente a la entrada de la tienda, era de color negro mate, medía la estatura de un perro grande y parecía una enorme araña. Tenía el cuerpo redondo y plano, como un reloj de pulsera, y las patas articuladas. No puedo describirlo con más detalle. Estaba demasiado aturdido e intrigado. Un momento después osciló y echó a andar derecho hacia mí. Yo miraba pasmado cómo movía despacio las patas, dejando en el polvo huellas acribilladas: una silueta monstruosa sobre el fondo del polvo amarillo de arcilla iluminado por el sol.

Han de saber que yo ni idea tenía de que era un alienígena. Para mí no era más que un animal desconocido; se iba acercando, torciendo de manera rara las patas, mudo y sin ojos. Retrocedí. En el mismo instante sonó un leve chasquido y de repente brotó una luz cegadora tan viva que cerré involuntariamente los ojos. Cuando los abrí, a través de las rojas musarañas lo vi un paso más cerca, ya en la sombra de la tienda. «¡Santo Dios!...», balbucí. Estaba sobre el cajón de nuestras provisiones y parecía rebuscar en él con las dos extremidades delanteras. Relumbró al sol y desapareció al instante una lata de conservas. Luego la «araña» se alejó, desplazándose de lado, hasta desaparecer de mi vista. En seguida se apagó el zumbido de infiernillo y se oyó un tintineo metálico.

No sé lo que habría hecho en mi lugar una persona cuerda. Yo no podía razonar sensatamente. Recuerdo que me puse a gritar a voz en cuello no sé si queriendo asustar a la «araña» o para animarme yo mismo, salí de un salto de la tienda, corrí varios pasos y me detuve jadeante. No había cambiado nada. En torno dormitaban las montañas inundadas de sol, rodaba la plata fundida del río, y en lo alto del cerro sobresalían los sombreros de fieltro blanco. Y entonces volví a ver al alienígena. Corría veloz por la cuesta rodeando el cerro, ligero y sin ruido, cual si se deslizara por el aire. Sus patas casi no se distinguían, pero yo veía claramente la sombra oscura que corría a su lado por la áspera hierba parda. Después desapareció.

Me picó un moscardón y lo maté de un golpe con la toalla mojada que tenía en la mano. En lo alto del cerro se oyeron gritos: Hamil descendía con los obreros y me hacía señas para que retirase las gachas del infiernillo y pusiera la tetera. No sospechaban nada y se sorprendieron cuando los recibí con una frase rara: «La araña se ha llevado el infiernillo y las conservas...». Hamil decía luego que fue terrible. Yo estaba sentado junto a la tienda y sacudía la ceniza del cigarrillo en la cacerola de las gachas. Tenía los ojos blancos y miraba asustado a todos lados. Al ver que mi viejo amigo me tomaba por loco, me puse a contarle precipitada y atropelladamente lo que había sucedido y eso acabó de afirmarlo definitivamente en su opinión. De todo lo ocurrido los obreros hicieron una sola deducción: no había ni habrá té. Contrariados, comieron en silencio las gachas frías y se sentaron en su tienda a jugar al bishtokutar (juego de naipes tadjiko). Hamil comió también, nos pusimos a fumar y me escuchó en una situación más tranquila. Después de pensarlo dijo que todo aquello eran figuraciones mías a consecuencia de una pequeña insolación. Le repuse inmediatamente, primero, que salía al sol siempre con el sombrero puesto y, segundo, ¿qué se había hecho, entonces, del infiernillo y de la lata de conservas? Hamil dijo que yo había podido inconscientemente arrojar todos los objetos desaparecidos al río. Me ofendí, pero, de todas maneras, nos levantamos y, metiéndonos hasta las rodillas en el agua transparente, nos pusimos a buscar con las manos en el fondo. Yo encontré el reloj que Hamil había perdido una semana antes; después volvimos, y Hamil se puso de nuevo a

pensar. ¿Y no había sentido yo un olor raro?, preguntó de pronto. No, respondí, me parece que no hubo ningún olor. ¿Y no me fijé si la araña tenía alas? No, no me fijé en eso. ¿Y no recordaba yo qué día del mes y de la semana era hoy? Me enfadé y dije que seguramente estábamos a catorce y que no me acordaba del día de la semana, pero que eso no quería decir nada porque el propio Hamil, sin duda, no recordaba ni lo uno ni lo otro. Hamil reconoció que, en efecto, se acordaba sólo del año y del mes, que estábamos en un rincón perdido que ni el diablo sabía dónde se encontraba y en que no había calendarios ni periódicos.

Luego inspeccionamos el terreno. No logramos descubrir huellas, excepto unos hoyuelos medio borrados a la entrada de la tienda. En cambio se aclaró que la «araña» había robado, además del infiernillo y las conservas, mi diario, una caja de lápices y un paquete que contenía los hallazgos arqueológicos más valiosos.

—¡Mira qué bestia! —profirió Hamil, desconcertado.

Anocheció. Por el valle reptaron estratos de niebla blanca, sobre la cresta se encendió la constelación de Escorpión, semejante a una zarpa de tres dedos, y sopló viento frío de la noche. Los obreros no tardaron en dormirse, pero nosotros, acostados en los catres, rumiábamos los sucesos, llenando la tienda de nubecillas de hediondo humo de tabaco barato. Después de un largo silencio, Hamil preguntó tímidamente si no le estaba tomando el pelo, pero luego se apresuró a decir que, a su juicio, entre la aparición de la «araña» y la tardanza de Lozovski podía haber alguna relación. Yo ya había pensado en eso, pero no le respondí. Entonces enumeró otra vez los objetos desaparecidos y expresó la monstruosa suposición de que la «araña» habría sido un ladrón disfrazado. Yo me dormí.

Me despertó un ruido raro, semejante al zumbido de potentes motores de aviación. Permanecí algún tiempo escuchando. Sentí desasosiego sin saber por qué. Quizá fuera porque durante el mes que llevaba trabajando allí no había visto, todavía, ni un solo avión. Me levanté y me asomé de la tienda. Era noche cerrada, el reloj marcaba la una y media. El cielo estaba esmaltado de estrellas puntiagudas y frías, de las cumbres montañosas sólo quedaban sombras lóbregas y profundas. Después, en la vertiente de la montaña de enfrente apareció una mancha de viva luz, resbaló hacia abajo, se apagó y volvió a surgir, pero ya mucho más a la derecha. El zumbido arreció.

—¿Qué es eso? —preguntó alarmado Hamil, saliendo afuera.

Zumbaba muy cerca, y de pronto una cegadora luz blanquiazul iluminó la cumbre de nuestro cerro. El cerro parecía un resplandeciente picacho de hielo. Esto duró varios segundos. Luego se apagó la luz, y el zumbido cesó. Las lóbregas tinieblas y el silencio cayeron como un rayo negro sobre nuestro campamento. En la tienda de los obreros se oyeron voces sobresaltadas. Hamil, invisible, gritó algo en tadjhiko, se oyó un rumor de pasos precipitados por los guijos. Otra vez se oyó el potente rugido, se elevó sobre el valle y, atenuándose rápidamente, se apagó a lo lejos. Me pareció ver un cuerpo alargado y oscuro que se deslizaba entre las estrellas en dirección sureste.

Se acercaron Hamil y los obreros. Nos sentamos en corro y permanecemos largo rato callados, fumando y prestando oído atento a cualquier sonido. Hablando con franqueza, tenía miedo de todo: de las «arañas», de la impenetrable oscuridad de la noche sin luna y de los misteriosos rumores que se me antojaban entre el susurro del río. Creo que los demás experimentaban un sentimiento análogo. Hamil dijo en voz muy baja que indudablemente nos encontrábamos en el centro mismo de algunos acontecimientos. No le contradije. Finalmente, nos quedamos helados y nos metimos en nuestras tiendas.

—¿Qué me dices ahora de la insolación y de los ladrones disfrazados? —le abordé.

Hamil no respondió y sólo pasados varios minutos preguntó:

—¿Qué hacemos si vuelven?

—No sé —respondí.

Pero no volvieron.

Al otro día subimos a las excavaciones y descubrimos que no había quedado ni un casco

de los hallazgos en la víspera: había desaparecido toda la cerámica. Las lisas superficies del suelo en los locales excavados aparecieron cubiertas de huellas acribilladas. El montículo de tierra extraída se había hundido y achatado, como si hubiera pasado por encima una apisonadora. La tapia estaba destruida en dos sitios. Hamil se mordía los labios y me lanzaba miradas significativas. Los obreros conversaban a inedia voz, manteniéndose cerca de nosotros. Tenían miedo, y nosotros también.

Lozovski y el camión seguían sin volver. Nos desayunamos masticando pan ligeramente florecido y bebiendo agua fría. Cuando se acabó el pan, los obreros, profiriendo maldiciones, cogieron las piquetas y echaron cuesta arriba, y yo, tras aconsejarme con Hamil, me encasqueté el sombrero y tomé resueltamente el camino de Pendzhikent, calculando atrapar un auto de paso.

Los primeros kilómetros los anduve sin incidentes y hasta me senté dos veces a descansar y fumar. Las paredes del desfiladero se acercaban y se separaban, el viento levantaba polvo en el sinuoso camino, rumoreaba el río. Vi varias veces rebaños de cabras, vacas que pacían, pero no me crucé ni con un alma. Faltaban unos diez kilómetros todavía hasta la población más cercana cuando apareció en el aire el Helicóptero Negro. Volaba a poca altura a lo largo del camino, pasó con sordo zumbido sobre mi cabeza y desapareció tras un recodo del desfiladero, dejando tras de sí un chorro de aire caliente. No era verde, como nuestros helicópteros militares, o plateado, como los de carga y pasaje. Parecía negro mate, y el sol le arrancaba pálidos reflejos, como al cañón pavonado de una escopeta. Su color, la forma desacostumbrada y el potente y sordo zumbido me recordaron al instante los sucesos de la noche anterior y las «arañas», y otra vez sentí miedo.

Aceleré el paso, después eché a correr. Tras el recodo vi un camión GAZ-69, junto a él había tres individuos que miraban el cielo ya vacío. Me asusté de que se fueran, grité y corrí con todas mis fuerzas. Se volvieron, después uno de ellos se tumbó en el suelo y se metió bajo el camión. Los otros dos, unos hercúleos mocetones barbudos, seguramente geólogos, siguieron mirándome.

—¿Me llevan a Pendzhikent? —grité.

Continuaron mirándome fijamente, callados, y pensé que no habían oído la pregunta.

—Hola —dije acercándome—. Salam aleikum...

El más alto se volvió de espaldas sin decir palabra y montó en el camión. El bajito respondió muy hosco: «Salud», y fijó de nuevo los ojos en el cielo. Yo también miré a lo alto. Allí no había nada más que un milano inmóvil.

—¿No van ustedes a Pendzhikent? —pregunté, tosiendo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el bajito.

El alto se levantó, se inclinó sobre el asiento y vi en su ancho cinturón la funda de una pistola.

—Soy arqueólogo. Estamos excavando el «castillo de Apida».

—¿Qué excaváis? —inquirió el bajito en tono bastante más cortés.

—El «castillo de Apida».

—¿Dónde está eso?

Se lo expliqué.

—¿A qué va a Penszhikent?

Le hablé de Lozovski y de la situación que teníamos en el campamento. No dije nada de la «araña» ni de la alarma nocturna.

—Yo conozco a Lozovski —dijo, de pronto, el alto. Estaba sentado a horcajadas sobre el adral y fumaba en pipa—. Yo conozco a Lozovski. ¿Se llama Boris?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Es una buena persona. Nosotros, compañero, lo llevaríamos, claro, pero ya ve, estamos tomando el sol a la fuerza...

—Gueorgui —se oyó una voz reprobatoria bajo el camión—, es el árbol de transmisión...

—Eres un embustero, Petrenko —dijo el alto en tono indolente—. Te voy a echar. Te voy

a echar sin pagarte...

—Gueorgui...

—¡Ahí viene, ahí viene otra vez!... —exclamó el bajito.

El Helicóptero Negro asomó de tras la vertiente y voló impetuosamente a lo largo de la carretera derecho a nosotros.

—¡El diablo sabe qué aparato es ése! —rezongó el bajito.

El helicóptero se elevó velozmente y quedó pendiente a gran altura sobre nuestras cabezas. A mí eso no me gustó nada y ya había abierto la boca para decirlo cuando de pronto el alto pronunció con voz ahogada:

—¡Desciende! —y se apeó del camión.

El helicóptero bajaba, en su panza se abrió un lúgubre agujero negro; seguía descendiendo más y más, derecho a nosotros.

—¡Petrenko, sal de estampida! —gritó el alto y corrió hacia un lado, tirándome de la manga.

Yo eché a correr, el geólogo bajito también. Gritaba algo abriendo mucho la boca, pero el rugido de los motores ahogaba todos los ruidos. Fui a parar a la cuneta y, con los ojos llenos de polvo, conseguí sólo ver que Petrenko corría a gatas hacia nosotros y que el Helicóptero Negro aterrizaba en la carretera. La tromba levantada por las potentes hélices me arrancó el sombrero y lo envolvió todo alrededor con una nube amarilla de polvo. Después se encendió la misma cegadora luz blanca que eclipsó el brillo del sol, y yo lancé un grito de dolor en los ojos. Cuando se posó el polvo, vimos la carretera desierta. El camión GAZ-69 había desaparecido. El cuerpo negro del helicóptero ganaba altura a lo largo del desfiladero...

...No volví a ver a los alienígenas ni sus naves aéreas. Hamil y los obreros vieron un helicóptero aquel mismo día y otros dos el 16 de agosto. Pasaron a poca altura y también a lo largo de la carretera.

Mis posteriores peripecias están relacionadas con los alienígenas sólo indirectamente. Junto con los geólogos llegué con mil fatigas a Pendzhikent en autos de paso. Durante todo el trayecto, el geólogo alto no quitaba los ojos del cielo, y el bajito maldecía y repetía que si eran «bromitas de los muchachos del aeroclub» él encontraría la manera de apretarles las clavijas. El chofer Petrenko estaba completamente desconcertado. Intentó varias veces explicar algo del árbol de transmisión, pero nadie le hizo caso.

En Pendzhikent me dijeron que Lozovski se había marchado el 14 por la mañana y que el chofer de nuestro destacamento, Kolia, había vuelto en la tarde del mismo día sin Lozovski y estaba retenido en la milicia porque por lo visto había hecho cisco el camión y a Lozovski, pero no quería decir dónde ni cómo y para justificarse desvariaba hablando de un ataque aéreo.

Corrí a la milicia. Kolia estaba sentado en un banco de madera, en el cuarto del oficial de guardia, y sufría penosamente por la injusticia humana. Según decía, a unos cuarenta kilómetros de Pendzhikent el «patrón» fue a inspeccionar un tepe (colina formada en el lugar que ocupó un poblado antiguo) apartado de la carretera. Pasados unos veinte minutos llegó volando un helicóptero y se llevó el camión. Kolia corrió tras él casi un kilómetro, no lo alcanzó y se fue a buscar a Lozovski. Pero Lozovski también había desaparecido sin dejar rastro. Entonces Kolia volvió a Pendzhikent, lo contó todo francamente, y ahora ya ve usted... «¡Basta de mentir!», dijo enojado el oficial de guardia, pero en aquel momento irrumpieron en la milicia mis dos geólogos y Petrenko. Traían una denuncia sobre la desaparición del camión y se informaron secamente de a quién debían dirigir una queja por gamberrismo aéreo. Al cabo de media hora soltaron a Kolia.

Por cierto que las tribulaciones de Kolia no terminaron ahí. La fiscalía de Pendzhikent inició un «Sumario sobre la desaparición y presunto asesinato del ciudadano Lozovski» por el que se encausaba a Kolia como sospechoso y a Hamil, los obreros y a mí como testigos. Este «sumario» lo dieron por sobreseído sólo después de la llegada de la comisión

presidida por el profesor Nikitin. No voy a hablar de esto porque escribo acerca de los alienígenas, y entonces cada día se recibían nuevos datos sobre ellos. Pero los más interesantes los aportó nuestro jefe y «patrón» Boris Lozovski.

Durante mucho tiempo estuvimos perdidos en un mar de conjeturas intentando comprender de dónde procedían y qué eran los alienígenas. Las opiniones eran muy dispares, y todo quedó claro solamente cuando a mediados de setiembre se descubrió la pista de aterrizaje de los alienígenas y el diario de Boris Lozovski. La encontraron los guardafronteras siguiendo por las declaraciones de los testigos varias travesías de los Helicópteros Negros. La pista se encontraba en una cuenca rodeada de montañas, quince kilómetros al oeste del «castillo de Apida», y representaba una superficie lisa bien pulida. Su diámetro era de cerca de doscientos metros, el terreno en muchos lugares parecía quemado y la vegetación —hierba, zarzas y dos tiernos morales—, carbonizada. En la pista encontraron uno de los automóviles robados (GAZ-69), engrasado y lavado, pero sin gasolina, varios utensilios, hechos de un material desconocido, que no se sabía para qué servían (entregados para su análisis) y, lo más importante, el diario del destacamento arqueológico «Los apidas» con admirables apuntes de puño y letra de Boris Lozovski.

El diario se hallaba en el asiento trasero del automóvil y no sufrió desperfectos por la humedad ni por el sol; sólo se cubrió de una capa de polvo. El cuaderno con tapas de cartón marrón se encontraba lleno en sus dos terceras partes de descripciones de las excavaciones efectuadas en el «castillo de Apida» e informes de la exploración en sus alrededores, pero al final, en doce páginas, estaba expuesto un breve relato que vale —estoy profundamente convencido— más que cualquier novela y que muchos tratados científicos y filosóficos.

Lozovski escribió a lápiz, siempre (a juzgar por la letra) precipitadamente y a menudo con bastante incoherencia. Algunas cosas de lo escrito no se entienden, pero muchas proyectan luz sobre ciertos detalles oscuros de los sucesos y todas revisten extraordinario interés, especialmente las deducciones que hizo Lozovski referentes a los alienígenas. El cuaderno me lo entregó a mí, como jefe interino del destacamento «Los apidas», el juez instructor de la fiscalía de Penszhikent en cuanto fue sobreseído el «Sumario sobre la desaparición» «por ausencia de cuerpo de delito». A continuación reproduzco estos apuntes, comentando algunos de los pasajes que no se entienden del todo.

*Páginas del diario de B. Lozovski.*

*14 de agosto.*

(Está dibujado algo así como el sombrerete de un hongo de los llamados matamoscas: un cono muy achatado. Al lado, para comparar, se ha dibujado un automóvil y una figurilla humana. Pie: «¿Nave espacial?» En el cono aparecen varios puntos, están señalados por flechas que indican: «Entradas». Junto a la cúspide del cono hay un letrero: «por aquí cargan». Al lado: «Altura 14 metros, diámetro en la base 40 metros»).

El helicóptero ha traído otro auto: un GAZ-69, matrícula ZHD-19-19. Los alienígenas (este término lo utilizó por primera vez precisamente Lozovski) se encaramaron a él, desarmaron el motor, luego lo cargaron en la nave. Las escotillas son estrechas, pero el camión pasó de alguna manera. Nuestro automóvil por ahora se encuentra abajo. Yo descargué todas las provisiones, y ellos no las tocan. A mí no me prestan ninguna atención, es mortificante. Parece que podría irme, pero por ahora no quiero... (Sigue un dibujo pésimo que representa, por lo visto, a un alienígena).

No sé dibujar. Cuerpo negro, discoidal, de casi un metro de diámetro. Ocho patas, algunos, diez. Las patas son largas y delgadas, parecidas a las de las arañas, con tres articulaciones. Las articulaciones se doblan en cualquier dirección. No se les advierte ojos ni orejas, pero es indudable que ven y oyen perfectamente. Pueden desplazarse con increíble velocidad, como rayos negros. Corren por un despeñadero casi vertical como las

moscas. Es de notar que no tienen el cuerpo dividido en parte delantera y trasera. Observé como uno de ellos, a todo correr, sin detenerse ni volverse, de pronto se lanzaba de lado y luego hacia atrás. Cuando corren cerca de mí siento un leve olor fresco parecido al del ozono. Chirrían como las cigarras. Ser vivo, racional... (frase inconclusa).

El helicóptero trajo una vaca. Una vaquita gorda, pintoja y muy boba. En cuanto se vio en tierra se puso a ramonear las zarzas quemadas. A su alrededor se juntaron seis alienígenas, chirriaron iluminándose de cuando en cuando. Tienen una fuerza asombrosa: uno de ellos agarró a la vaca por las patas y la tendió fácilmente de espaldas. Cargaron a la vaca. ¡Pobrecilla! ¿Hacen reserva de provisiones?

Probé a entablar conversación, me acerqué a ellos. No me hacen caso.

Un helicóptero trajo un almiar de heno y lo cargó en la nave.

Son no menos de nueve alienígenas y tres helicópteros...

De todos modos, me vigilan. Me aparté tras unas rocas. Un alienígena me siguió, chirrió, luego se quedó atrás...

No cabe duda de que se trata de una nave cósmica. Yo estaba sentado en la sombra del despeñadero cuando de repente los alienígenas echaron a correr hacia distintos lados, alejándose de la nave. Entonces la nave se elevó repentinamente varios metros por el aire y volvió a descender, suavemente, como una pluma, sin ruido, ni fuego ni el menor síntoma de funcionamiento de los motores. Solamente crujieron las piedras...

Resulta que uno tiene ojos: cinco brillantes botones en un extremo del cuerpo. Son de diversos colores: de izquierda a derecha: verde azulado, azul, morado y dos negros. Es posible que no sean ojos porque la mayor parte no están orientados hacia donde avanza su dueño. En la oscuridad los ojos resplandecen...

*15 de agosto.*

Anoche casi no dormí. Aterrizaban y despegaban los helicópteros, corrían y chirriaban los alienígenas. Y todo en la más completa oscuridad. De vez en cuando se encendían vivos resplandores...

El cuarto camión, otro GAZ-69 matrícula ZHF-73-98. Y también sin chofer. ¿Por qué? ¿Escogerán el momento en que no está el chofer?...

Un alienígena cazaba lagartijas con mucha destreza. Corría con tres patas y con las otras agarraba dos o tres a la vez...

Sí, yo podría irme si quisiera. Acabo de volver del borde del despeñadero. Desde allí hasta la carretera de Pendzhikent hay no más de tres horas de camino. Pero no me iré. Hay que ver en qué termina todo...

Cargaron un hatajo de ovejas —diez reses— y una cantidad enorme de heno. Ya se han enterado de lo que comen las ovejas. Son unos bichos inteligentes. Por lo visto, quieren que las vacas y ovejas lleguen vivas o hacen reserva de provisiones. Y de todos modos no se comprende por qué desdeñan tan clara y obstinadamente a los seres humanos. ¿O es que los humanos son para ellos menos interesantes que las vacas? También cargaron nuestro auto...

...también comprenden? ¿Y si vuelo con ello? No sé si intentar ponerme de acuerdo o colarme a escondidas en la nave. ¿No lo permitirán?...

...Dos hélices, a veces cuatro. No he conseguido contar el número de palas. La carrocería mide ocho metros de largo. Todo está hecho de un material negro mate, sin costuras visibles. Creo que no es metal. Parece plástico, no comprendo cómo se entra. No se ve ninguna escotilla... (Es, seguramente, una descripción de los helicópteros).

Soy, por lo visto, el único ser humano que se ha visto en semejantes circunstancias. Es terrible. Pero ¿qué oírás cosa se puede hacer? Hay que volar, hay que volar; simplemente, no hay más remedio...

En lo alto de la nave han vuelto a aparecer «erizos». (No se entiende. Lozovski no vuelve

a mencionar los «erizos» en ninguna parte). Estuvieron dando vueltas, se iluminaron y desaparecieron. Quedó un fuerte olor a ozono...

Llegó un helicóptero con abolladuras en los costados del tamaño de un puño. Aterrizó, se plegó (?) e inmediatamente a un lado, sobre las montañas, pasaron dos cazas a chorro nuestros. ¿Qué ocurrió?...

Los alienígenas siguen corriendo como si nada. Si fue una colisión... (No termina).

...teóricamente... (Frase ininteligible). Debo explicar. Ellos, por lo visto, no comprenden. O no quieren rebajarse...

¡Es pasmoso! Hasta ahora no puedo salir de mi asombro. ¿¿¿Son máquinas??? ¡A dos pasos de mí dos alienígenas acaban de desmontar a un tercero! No creía lo que veía. Es un artefacto sumamente complicado, no sé ni cómo describirlo. Es una lástima que yo no sea ingeniero. Por lo demás, seguramente no habría servido de nada. Quitaron el caparazón del lomo. Debajo había un esteliforme... (No termina la frase). Bajo la panza tienen un depósito de bastante capacidad, pero no se comprende cómo colocan allí diversos objetos. ¡Son máquinas!...

Lo montaron, dejaron solamente cuatro patas, pero en cambio ajustaron algo así como una pinza enorme. En cuanto terminó el montaje, el «recién nacido» brincó y echó a correr hacia la nave...

La mayor parte del cuerpo la ocupa un objeto esteliforme de material blanco, parecido a la piedra pómez o a la esponja...

Pero ¿quién es el dueño de estas máquinas? ¿Será posible que los alienígenas sean dirigidos desde el interior de la nave?...

¿Máquinas inteligentes? ¡Absurdo! ¿Cibernética o teledirección? Maravilloso. ¿Y quién puede impedirles a los dueños que salgan afuera?...

Comprenden la diferencia que existe entre el hombre y los animales. Por eso no toman seres humanos. Es humanitario. A mí tal vez me recogieron por equivocación... Mi mujer no me perdonará...

...jamás, jamás volveré a verlo, es terrible. Pero ¡soy un hombre!...

Son muy pocas las probabilidades de quedar vivo. El hambre, el frío, la radiación cósmica, un millón de otras casualidades. Evidentemente, la nave no está adaptada para el transporte de polizontes. En fin de cuentas, una probabilidad contra cien. Pero no tengo derecho a desperdiciarla. ¡Hay que contactar!

Son las doce de la noche. Escribo a la luz de una linterna. Cuando la encendí, llegó corriendo un alienígena, se iluminó y se fue corriendo. Durante toda la noche los alienígenas estuvieron construyendo una obra semejante a una torre. Primero desde tres escotillas tendieron anchas rampas. Pensé que por fin iban a salir quienes manipulaban las máquinas. Pero por las rampas soltaron infinidad de piezas y bandas (?) metálicas. Seis alienígenas pusieron manos a la obra. El de la pinza no estaba entre ellos.

Estuve observándolos largo rato. Todos los movimientos eran absolutamente exactos y seguros. Montaron la torre en cuatro horas. ¡Cómo coordinan el trabajo! Ahora no se ve nada, está oscuro, pero oigo ir y venir por la pista a los alienígenas. Se las arreglan perfectamente sin luz, el trabajo no se interrumpe ni un instante. Los helicópteros vuelan continuamente...

Supongamos que yo... (No termina).

*16 de agosto, 16 horas.*

...A quien encuentre este cuaderno. Ruego que lo remita a la siguiente dirección: Museo Hermitage, Sección de Asia Central, Leningrado.

El 14 de agosto, a las nueve de la mañana, a mí, Boris Lozovski, me secuestró el Helicóptero Negro y me condujo aquí, al campamento de los alienígenas. Hasta el día de hoy en la medida de lo posible he ido anotando mis observaciones... (hay varios renglones



ininteligibles) y cuatro camiones. Conclusiones fundamentales: 1) los alienígenas son de afuera, proceden de Marte, Venus u otro planeta cualquiera; 2) los alienígenas representan mecanismos extraordinariamente complicados y sutiles, y su nave espacial se dirige automáticamente.

Los alienígenas me examinaron, me desnudaron y creo que me fotografiaron. No me causaron ningún daño y posteriormente no me prestaron ninguna atención. Me concedieron plena libertad...

Según parece, la nave se dispone a despegar, pues por la mañana ante mis propios ojos, fueron desarmados los tres helicópteros negros y cinco alienígenas. Han cargado mis provisiones. En la pista sólo quedan algunas piezas de la torre y un GAZ-69. Dos alienígenas trajinan todavía bajo la nave y otros dos pasean no lejos. Los veo a veces en la pendiente de la montaña...

Yo, Boris Lozovski, he decidido penetrar en la nave de los alienígenas y volar con ellos. Lo he pensado todo. Los víveres me alcanzarán para un mes por lo menos, no sé lo que pasará luego, pero debo volar. Pienso, si consigo penetrar en la nave, buscar dónde están las vacas y las ovejas y quedarme con ellas. Así lo pasaré más entretenido y tendré provisión de carne para los días malos. No sé cómo irá la cosa con el agua. En todo caso, tengo una navaja y si hace falta beberé sangre... (Tachado). Si quedo con vida —y casi no dudo de eso— empeñaré todos los esfuerzos para ponerme en comunicación con la Tierra y regresar con los Amos de los alienígenas. Creo que lograré ponerme de acuerdo con ellos.

A María Lozóvskaya. Querida y amada Máshenka: Tengo grandes esperanzas de que estos renglones lleguen a tus manos cuando ya todo esté bien. Pero si ocurre lo peor no me censures. No podía obrar de otra manera. Recuerda únicamente que siempre te amé y perdona. Besa a nuestro Grishka. Cuando sea mayor háblale de mí. Porque no soy tan mala persona como para que mi hijo no pueda enorgullecerse de su padre. ¿No te parece? Es todo. Uno de los alienígenas que corría por el despeñadero acaba de volver a la nave. Allá voy. Adiós. Te besa siempre tuyo, Boris...

Mientras escribía, los alienígenas retiraron dos rampas. Quedaba una. Hay que... (sigue un párrafo entero ininteligible; da la impresión de que Lozovski lo escribió sin mirar). Es hora de ir. ¡Menudo papel si no me dejan pasar! ¡Debo entrar cueste lo que cueste! Otro más ha descendido del peñón y se ha metido adentro. Y dos siguen todavía bajo la nave. Bien, Lozovski, en marcha. Da un poco de miedo. Bah, tonterías. Son máquinas, y yo soy un hombre...

En este lugar se interrumpen los apuntes. Lozovski no volvió más al auto. No volvió porque la nave despegó. Los escépticos hablan de una desgracia, pero por algo son escépticos. Yo he estado desde el comienzo mismo profundamente convencido de que nuestro excelente «patrón» está vivo y ve lo que a nosotros no nos es dado ver ni siquiera en sueños.

Volverá, y yo le envidio. Le envidiaré siempre, aunque no vuelva. Es el hombre más valiente que conozco.

Sí, no todos, ni mucho menos, habrían sido capaces de tal acción. Se lo he preguntado a muchos. Algunos decían con franqueza: «No. Da miedo». La mayoría dice: «No sé. Comprende, todo depende de las circunstancias concretas». Yo no me habría decidido. Vi una «araña» y, aunque ahora sé que no es más que un máquina, no me inspira confianza. Y esos siniestros Helicópteros Negros... Imagínese en las entrañas de un navío espacial extraño, rodeado de mecanismos inertes, imagínese volando por el vacío glacial, sin esperanzas, sin seguridad, volando días y meses, tal vez años, imagínese todo eso y comprenderá lo que quiero decir.

Y eso es todo. Unas palabras sobre lo que sucedió posteriormente. A mediados de septiembre llegó a Moscú la Comisión del profesor Nikitin, y a todos nosotros —a mí, a

Hamil, al chofer Kolia y a los obreros— nos hicieron gastar montones de papel y responder a miles de preguntas.

Eso nos llevó cerca de una semana, luego volvimos a Leningrado.

Es posible que los escépticos tengan razón y que jamás lleguemos a conocer la naturaleza de nuestros visitantes de afuera, la estructura de su astronave, los sorprendentes mecanismos que enviaron a nuestro planeta y —lo principal— el motivo de su inesperada visita, pero, afirmen lo que afirmen los escépticos, yo creo que los alienígenas volverán. Boris Lozovski será el primer intérprete. Tendrá que aprender a la perfección la lengua de nuestros remotos vecinos, sólo él podrá explicarles de qué modo en la Tierra aparecieron junto a tuestos con dieciséis siglos de antigüedad automóviles bastante perfectos y de gran capacidad de paso.

A bordo de «El holandés errante»

Relato de B. Lozovski, ex jefe del destacamento arqueológico «Los apidas».

¿Por qué me decidí? La pregunta es complicada. Hoy a mí me cuesta trabajo comprender con claridad mis pensamientos y emociones de entonces. Me parece que simplemente sentí que debía volar, que no podía dejar de volar, y eso es todo. Yo era el único eslabón que unía a nuestra humanidad terrestre con los amos de los alienígenas. Los amos habían cometido la imprudencia de fiarse de sus estúpidas máquinas, y yo tenía el deber de enmendar su pifia. Algo así pensaba. Y, naturalmente, me espoleaba una inmensa curiosidad.

Me percataba perfectamente de que sólo tenía una probabilidad contra mil y, tal vez, contra un millón. Que lo más probable era que perdiese para siempre a mi esposa, a mi hijito, el trabajo con el que estaba encariñado, que perdiese mi planeta. Me atribulaba sobre todo el pensamiento de mi esposa. Pero la sensación de lo grandioso de esta misión... No sé si ustedes comprenden lo que quiero decir. Esta pequeña y única probabilidad llenó mi imaginación, abrió perspectivas inauditas, fascinantes. Y nunca me habría perdonado si me hubiese limitado a despedir boquiabierto la astronave de otro mundo. Habría sido una traición. Una traición a la Tierra, a la ciencia, a todo aquello en lo que yo creía, para lo que vivía y que había constituido mi meta toda la vida. Creo que cualquiera en mi lugar habría sentido lo mismo. Y sin embargo, ¡qué difícil fue decidirme!

Como ya saben ustedes, la última anotación la hice el 16 de agosto por la mañana. Estaba claro que los alienígenas no se disponían a cargar el último automóvil, probablemente porque ya habían cargado uno igual. Puse el diario en el asiento trasero, tiré el lápiz y miré a mi alrededor. En la pista no había nadie. Solamente bajo el enorme cono gris mate de la astronave seguían trajinando dos alienígenas. En torno se alzaban los peñones rojizos y amarillos, y sobre mi cabeza resplandecía el cielo intensamente azul, tan azul como yo no lo había visto nunca en mi vida. Pero había que hacer los preparativos. No lejos, de una hendidura brotaba un manantial de agua pura y fría. Llené la cantimplora y me la guardé en el seno. Tenía a mi disposición esta cantimplora, dos latas de conservas de pescado y la linterna de bolsillo con una pila de repuesto. No era mucho... Pero contaba con encontrar inmediatamente en la astronave el compartimento destinado a las ovejas y vacas y quedarme allí. Como los alienígenas no habían tomado mucho pienso para el ganado supuse que estaríamos en otro planeta dentro de una semana, no más. ¡Cómo me equivoqué! Pero de eso hablaré luego.

Cuando me acerqué a la rampa, los alienígenas que trajinaban bajo la nave se quedaron inmóviles fijándose en mí. Al menos, eso me pareció. Era su manera acostumbrada: interrumpir el trabajo cuando me acercaba a ellos y pararse en las actitudes más absurdas. Un espectáculo no muy corriente, por no decir otra cosa, al que no podía acostumbrarme.

Yo también me detuve y les miré fijamente. Pensé que habían adivinado mis intenciones y que no les habían gustado. Me da vergüenza confesarlo, pero sentí entonces cierto alivio. Era demasiado caliente y acariciador el sol matutino y demasiado extraños —increíblemente extraños— aquellos bichos negros de patas angulosas. Y la tierra removida y carbonizada. Y la ancha y flexible rampa, verdadero camino de otro mundo...

Pero los alienígenas, hartos, por lo visto, de mirar, tornaron a sus ocupaciones, dejándome a mí que hiciera lo que quisiera. El camino estaba nuevamente abierto, la retirada honrosa había sido cortada.

Recuerdo que intenté convencerme a mí mismo de que era muy importante volver y buscar mi anorac, que me había quitado media hora antes, cuando el sol empezó a achicharrar. Estaba parado con un pie en la rampa y miraba a los lados, buscándolo con los ojos. Y cuanto más cuidadosamente escudriñaba cada hoyo de la pista tanto más claro estaba para mí que el anorac era un prenda imprescindible y que sería simplemente una indecencia presentarme a los amos de los alienígenas sin anorac, con unos sucios pantalones bombachos de franela y una camiseta calada sin mangas de color de la nieve en primavera. ¡El diablo sabe lo que puede ocurrírsele a uno en un momento así! Yo estaba parado, miraba estúpidamente a los lados y reflexionaba. En torno reinaba el silencio, sólo repicaban y chirriaban despacio los alienígenas. Después pasó volando ante mi rostro con sordo zumbido un moscardón, volví en mí y empecé a trepar por la rampa moviendo las piernas con rapidez.

La rampa era muy empinada y cimbreaba; a los pocos pasos sentí un deseo incontenible de ponerme a gatas, pero sentí vergüenza sin saber por qué. Quizá fuese por la pinta que tenía —me daba perfecta cuenta—, absurda a más no poder: los pantalones colgando, la camiseta con bultos (me había metido en el seno las conservas y el resto de mi exiguo ajuar) y una sonrisa petrificada en la jeta con barba de tres días. Menos mal que no había quien contemplara mi ascensión, exceptuando los alienígenas, pero a ellos no cabe duda de que les importaba un pito. Encorvado como un garabato, flexionando las piernas temblorosas de la tensión, salvé por fin los últimos metros de la rampa y me precipité por la escotilla, armando gran estrépito con mis pertrechos.

Me encontré un pasillo bastante estrecho que se alejaba inclinado hacia la oscuridad, hacia lo profundo de la nave. La luz difusa del sol penetraba por la escotilla e iluminaba débilmente las paredes grises y ásperas al tacto. El suelo, en el que me senté, era frío y me pareció que vibraba débilmente. El pasillo estaba sumido en la penumbra, muy silencioso y fresco.

Acomodé mi carga bajo la camiseta, me apreté el cinturón de los pantalones, alargué el cuello y miré afuera. En la pista no había cambiado nada. El camión solitario, inundado de luz solar, parecía de lejos un juguete infantil. Pensé que la escotilla estaba mucho más alta de lo que me había parecido desde abajo.

De repente vi a un alienígena. Andando despacio se acercó a la rampa, se detuvo como si hiciera puntería y de pronto echó a correr impetuosamente rampa arriba, derecho a mí. Me apreté contra la pared del pasillo, encogiéndome las piernas. Me desasosegó pensar que iba a pasar muy cerca de mí y tal vez me tocara. Pero no ocurrió nada. La luz de la escotilla quedó obstruida un instante, sentí calor y un raro olor fresco parecido al del ozono, y el alienígena pasó de largo sin detenerse. Oí cómo se alejaba en la oscuridad, chirriando despacio y golpeteando rítmicamente con las patas. Entonces eché tras él, afirmándome a mí mismo que no debía volverme. Temía mucho no poder soportarlo y salir de estampida. La huida habría sido un baldón intolerable, eso lo sabía muy bien y era lo que me contenía. Al principio iba agachado, pero luego pensé que era estúpido y me enderecé, pero los hombros y la nuca tocaron un techo invisible, tan frío y rugoso como las paredes y el suelo. Entonces por primera vez me arriesgué a volver la cabeza. Detrás, a lo lejos y no sé por qué en lo alto, azuleaba un trocito de cielo y me pareció que me encontraba en el fondo de un profundo pozo. Saqué la linterna para ver lo que había delante. El resultado de la

exploración me asombró. El pasillo había terminado. Ante mí tenía una pared, gris, rugosa, caliente al tacto y sin el menor resquicio.

Experimenté algo así como desencanto mezclado con una buena porción del grato sentimiento del deber cumplido. Sentí unos deseos incontenibles de encogerme de hombros, dar media vuelta y encaminarme sin prisa hacia la salida con una expresión de noble amargura en el semblante, como haría un hombre respetable que con un enorme esfuerzo de voluntad se hubiera obligado a ir con dolor de muelas a la clínica y se enterase de que hoy el dentista no recibía. Pero yo no comprendía dónde se había metido el alienígena que había pasado corriendo por allí un minuto antes. Alumbré otra vez la pared y descubrí de pronto en su parte inferior un gran orificio circular. Podía jurar que un momento antes no lo había, pero ahora ahí estaba y me introduje a gatas por él, alumbrándome con la linterna.

El pasillo era frío y lóbrego como un sótano; en cambio aquí estaba oscuro como en una tumba, pero hacía bastante más calor. Me puse en pie y sentí de pronto que podía enderezarme en toda mi estatura. El techo había desaparecido. La luz de la linterna se perdía en las tinieblas sobre mi cabeza y arrancaba en la oscuridad raros amontonamientos a la derecha y a la izquierda. Delante estaba vacío. Di varios pasos y me puse a mirar. Al principio no pude comprender nada, me pareció que alrededor se alzaban grandes pilas de cubiertas de automóviles. Tuve la sensación de encontrarme en un depósito. Eché a andar despacio por el estrecho pasadizo entre las pilas, mirando a los lados. Sólo al cabo de unos minutos me decidí poner en juego los dedos y toqué la pila más próxima. ¡Eran alienígenas! Mejor dicho, no las máquinas arañiles, sino solamente sus cuerpos redondeados y planos. Yacían uno sobre otro, completamente inmóviles, sin que nada recordara aquellos veloces mecanismos negros que tanto me habían asombrado por su movilidad y energía. No veía las patas, seguramente las habían destornillado o estaban plegadas. Era, en efecto, un vasto depósito, silencioso y caliente. Las pilas se alzaban por lo menos tres o cuatro metros.

Mientras yo estaba parado, mirando y registrando con la luz de la linterna, se oyeron a mis espaldas unos golpecitos metálicos. Un alienígena, probablemente el último que quedaba, avanzaba hacia mí a lo largo del pasadizo. Se detuvo a pocos pasos, se inmovilizó en el haz de luz, luego trepó ágilmente por una pila y desapareció de mi vista. Durante un minuto se oyeron susurros y chasquidos sobre mi cabeza, luego se hizo un silencio absoluto y percibí instintivamente que en toda la pieza, que debía ser enorme, el único ser vivo era yo.

Es extraño pensarlo, pero fue precisamente entonces cuando por primera vez me sentí solo de verdad. Eché a correr hacia atrás y pronto tropecé con una pared. La registré febrilmente con la luz de la linterna tratando de encontrar la trampilla por la que había penetrado, pero no estaba. Esta vez, efectivamente, no había ninguna trampilla. Grité. Mi voz tremoló en el aire caliente y se apagó en las tinieblas. Y en el mismo instante el suelo osciló y empezó a subir. Mi cuerpo se llenó de una pesadez insoportable, me tambaleé, me senté y luego me acosté en el suelo caliente y duro.

Todo había concluido. Se acabó. La nave ascendía y me llevaba a lo ignoto. Por lo que yo sabía, era el primer hombre que partía de la Tierra para más allá de la atmósfera. Recuerdo que pensé en eso y experimenté un raro alivio al comprender que mi suerte posterior ya no dependía de mi voluntad. Sin embargo muy pronto empezaron a confundirse mis pensamientos. Mi peso aumentó el doble (normalmente peso cerca de noventa kilos) y me sentía muy mal: tenía calor y angustia.

Esta situación duró no menos de un cuarto de hora. Yacía despatarrado, como una rana aplastada, con la cara hundida entre las manos, y contaba. Contaba hasta cien, hasta mil, perdía la cuenta y volvía a empezar. Los bordes de las latas de conserva que guardaba en el seno se hundían dolorosamente en el cuerpo, pero no tenía fuerzas para apartarlos y ponerme más cómodo.

Y de pronto me sentí lanzado por el aire. Me pareció que caía precipitándome con increíble velocidad en las tinieblas, en el vacío. Por lo visto, la nave se desplazaba sin aceleración y había sobrevenido la ingravidez. Cuando lo comprendí experimenté una grata sensación de levedad y creo que hasta me eché a reír para mi capote. Porque era un auténtico polizón interplanetario que viajaba como en las novelas, con ingravidez y todo lo demás. Pero la alegría pasó rápidamente. Pendía a dos metros de altura del suelo. Me rodeaban las silenciosas pilas de máquinas desarmadas, negras y amorfas, ondulaban las tinieblas calientes y muy cerca, casi a la distancia de mi brazo extendido, pendía mi linterna. Pero no podía alcanzarla, aunque daba tirones y me contorsionaba tanto que me habría envidiado cualquier gimnasta. La linterna proyectaba su luz directamente a mi cara, deslumbrándome y encolerizándome. Pero no podía hacer nada. Además empezaba a sentir mareos. Seguramente la ingravidez era tan contraindicada para mi organismo como el doble peso.

Sentía náuseas, la cabeza me daba vueltas y terminé por ponerme a maldecir; estuve maldiciendo hasta que descubrí que me hallaba sentado en el suelo y que tenía la linterna a dos pasos de mí. «¡Hemos llegado!» —pensé—. La linterna seguía iluminando con la misma intensidad: por lo tanto, desde el momento del despegue había transcurrido no más de una hora. Hasta con mis exiguos conocimientos de astronomía no podía suponer que esta travesía llevase tan poco tiempo.

Pero no era el momento de asombrarme y reflexionar. A mi alrededor las tinieblas se pusieron en movimiento. Algo crujía y chirriaba sobre mi cabeza y, cogiendo la linterna, vi a su luz el cuadro fantástico del automontaje de los alienígenas. Ante mis ojos a las máquinas negras les crecían las sinuosas barras de las patas y se lanzaban precipitadamente abajo con chirridos metálicos. Pasaban veloces una tras otra frente a mí, llenando el aire de ozono y viento caliente, y desaparecían en la oscuridad. Pero no eran muchas, no más de diez. Las demás continuaban en las silenciosas e inmóviles pilas. De nuevo se hizo el silencio y llegó un olor penetrante y desagradable. Entonces me asaltó el pensamiento de que la atmósfera de otro planeta podría no servir para la respiración. Pero no podía hacer nada, tenía que pensar en el próximo encuentro con la Inteligencia de otro Mundo. Y si estaba claro que yo no valía nada como viajero interplanetario, como parlamentario de la Tierra podría desempeñar un buen papel.

Me levanté, me arreglé los pantalones, tratando de darme un aspecto respetable en la medida de lo posible, y me puse a esperar la aparición de los Amos de los alienígenas. No dudaba de que acabarían por presentarse. Me sentía animoso y casi solemne, pues representaba a la humanidad terrestre, y eso no era una broma... Pero pasaban los minutos, y no aparecía nadie. Me seguían rodeando el silencio sepulcral, las tinieblas sofocantes y el olor acre y desagradable. Entonces, un poco despechado, decidí buscar la puerta y salir al exterior.

Caminaba y caminaba, alumbrando con la linterna adelante y a los pies, pero no veía paredes. Y de pronto reparé que ya no me encontraba en el depósito de los alienígenas, sino en un ancho túnel abovedado. Eso me sorprendió: no me di cuenta de cuándo habían terminado las hileras de pilas. Por lo visto, no iba hacia el lado debido, aunque me había parecido que los alienígenas corrían precisamente hacia aquí y que la escotilla debía encontrarse cerca. No tenía sentido regresar. «Tarde o temprano —pensé— acabaré por encontrarme con los Amos de los alienígenas». Además, según mis cálculos, me encontraba ya en el extremo opuesto de la nave. Pero sólo cuando anduve varias decenas de pasos más por el túnel, descubrí por fin la escotilla y salí afuera del rugoso blindaje inclinado.

Esperaba ver el cielo con constelaciones desconocidas, el enorme descampado de un cohetódromo, seres vivos que recibieran a su astronave automática. No resultó nada semejante. Delante, las tinieblas impenetrables; a mis pies, una superficie rugosa y caliente. No había nada más. Me puse a cavilar, a confrontar hechos —si se puede llamar

hechos a toda esta absurdidad— y acabé por llegar a la conclusión de que me encontraba seguramente en un hangar gigantesco para navíos interplanetarios. Ciertamente, esta conclusión casi no explicaba nada, pero yo no podía conocer los usos y costumbres de los moradores de un planeta desconocido. Y como Mahoma, por lo visto, no pensaba ir a la montaña, lo mejor sería que la montaña se pusiera en camino y fuera en busca de Mahoma.

Me puse en camino y, ayudándome con la mano libre (con la izquierda apretaba la linterna), me empecé a deslizar hacia abajo. Por raro que parezca, ya no experimentaba temor, ni emoción ni la profunda curiosidad de antes, sólo sentía el impaciente y enojado deseo de encontrarme cuanto antes con alguien vivo. El hombre es un ser sorprendente. Era como si me hubiese olvidado de todas las pruebas, de mi fantástica situación, y me conducía exactamente igual que el invitado que ha llegado tarde y se ha hecho un lío con los abrigos en el oscuro recibidor. Recuerdo que hasta rezongaba a media voz, llamando zotes a los nada hospitalarios dueños de la astronave.

En este momento mis pies resbalaron en el vacío y caí. Recuerdo perfectamente que los costados de la nave eran suaves, no podía escurrirme por ellos. No obstante, caí, y por cierto desde una altura respetable, me golpeé dolorosamente los talones y me derrumbé de costado, haciendo sonar las latas de conservas y alzando instintivamente la mano con la valiosa linterna. El rayo de luz se deslizó por una pared lisa, subió a lo alto e iluminó el fondo rugoso y plano de la astronave.

«Bien, podría haber sido peor», pensé animosamente, levantándome. Y de pronto vi una luz. Era débil, apenas visible, pero el corazón me dio un vuelco de alegría. Apagué la linterna y miré, abriendo bien los ojos, temiendo perder de vista aquella pálida manchita verdosa. Luego me dirigí con cuidado, pero rápidamente hacia ella, encendiendo de cuando en cuando la linterna para no caer en algún hoyo. Por suerte, el suelo del «hangar» era liso y áspero, como en la astronave y no tropecé ni resbalé ni una vez. Pronto resultó que iba a lo largo de una pared alta y ligeramente inclinada en la que cada diez o quince metros se abrían portillos redondos y cuadrados. Quise mirar por uno de ellos, pero por allí asomaban las patas de un alienígena, y creí mejor no detenerme y seguir avanzando con la mayor premura posible. Por fin la mancha luminosa se hizo más brillante y resultó de súbito bajo mis pies. La luz salía de un paso alto y estrecho, abierto en la pared. Me colé por él y me detuve asombrado.

Frente a mí había un espacioso túnel, bastante iluminado, pero de manera inusitada. En el primer instante me pareció que a lo largo de la pared se prolongaban en ringleras ininterrumpidas vitrinas multicolores de comercios, como en la avenida Nevski por la tarde, amarillas, azuladas, verdes, rojas... La profundidad del túnel se perdía en una neblina fosforescente, las paredes eran transparentes, como de vidrio, aunque seguramente aquello no era vidrio, sino más bien algún metal desconocido o plástico. Tras las paredes había unas cámaras de quince metros aproximadamente cada una, divididas por tabiques también transparentes, y en estas cámaras...

Aquello era un museo. Mejor dicho, una colosal e increíble casa de animales. De la primera cámara retrocedí como un niño que viera el coco. Allí, sumergido hasta la mitad en una materia mucosa rosiverdácea, había un ser horroroso, mestizo de sapo y tortuga, del tamaño de una vaca. Su cabeza, pesada y plana, estaba vuelta hacia mí, abiertas las fauces, y bajo la quijada inferior se estremecía convulsivamente una bolsa húmeda de pellejo duro. Era tan repugnante que sentí náuseas. Es verdad que luego me acostumbré y lo miraba sin asco, solamente con curiosidad.

En la cámara de enfrente había algo imposible de describir. Enorme, negro, oscilante, llenaba toda la cámara. Era una gelatina palpitante, cubierta de carnosas protuberancias en movimiento, que nadaba en una atmósfera compacta y densa, lo cual ora se iluminaba con desigual luz morada, ora se apagaba como una lámpara de neón estropeada.

Y en cada cámara de este asombroso túnel-zoo se agitaba, reptaba, rumiaba, palpaba, se debatía y miraba con los ojos muy abiertos algún ser. Allí había cucarachas blindadas,

parecidas a elefantes; miriápodos rojos de desmesurada largura; seres mitad pez mitad ave, de grandes ojos y del tamaño de un automóvil; bicharracos de increíble coloración, colmilludos y alados y algo de forma confusa, inmerso en emulsión verdosa semitransparente, derramada por el suelo. Algunas cámaras estaban a oscuras. Allí de cuando en cuando se encendían lucecillas de diversos colores, y algo se removía. No sé lo que había en esas jaulas. Es muy difícil imaginarse todo esto, y aún más imposible describirlo y contarlo. En cambio ustedes pueden figurarse con relativa facilidad a Boris Lozovski, empleado del Museo Hermitage, arqueólogo, padre de familia; cómo, pasmado y mirando a todos lados, deambulaba por el túnel, y los reflejos de colores extraordinarios caían sobre su figura encorvada de pantalones de franela y la camiseta abultada, sobre la velluda fisonomía de ojuelos desorbitados y huidizos...

El túnel parecía interminable. Conté cincuenta cámaras, luego dejé de contar. El túnel parecía prolongarse en espiral; de vez en cuando, a diestra y siniestra, se abrían en las paredes estrechos pasos; me asomaba y veía las mismas hileras compactas de vitrinas, iluminadas unas, a oscuras otras. A veces pasaba corriendo un alienígena, se paraba ante mí, levantando de una manera estúpida las patas, se iluminaba con luz blanca y proseguía su carrera, chirriando y golpeteando.

Sentí de pronto un cansancio mortal. Movía con dificultad las piernas y la cabeza me estallaba de dolor. Hacía tiempo que sentía sed, pero, como no había encontrado las ovejas y las vacas, decidí no tocar mis exiguas provisiones el mayor tiempo posible. Ahora la sed se hizo inaguantable. Indudablemente estimulada por el calor, el mal olor —al que, es verdad, me había acostumbrado un poco— y las emociones de las últimas horas.

Desde el momento del despegue no podía haber pasado más de medio día, pero estaba tan cansado como si llevara por lo menos varias noches seguidas sin dormir. Y cuando llegué al sector «despoblado» del túnel —toda una galería de cámaras vacías, no cerradas con el tabique transparente, limpias, secas y completamente a oscuras— resolví detenerme. Por si acaso di una voz. Me parecía que los Amos podían oírme. Pero nadie respondió, en alguna parte del túnel sólo se oyó el repiqueteo de las patas de un alienígena.

Me tendí con deleite en el suelo y saqué mis tesoros del seno. Los extraje, los contemple a la luz de la linterna y... me quedé helado. Me había olvidado la navaja en el bolsillo del anorac. Era una verdadera catástrofe. Nunca me había imaginado hasta qué punto es lastimoso un hombre hambriento que tiene conservas y no tiene con qué abrirlas. Primero intenté abrir la lata con la hebilla del cinturón. Cuando fracasé, me puse a golpear la lata contra el suelo y contra una esquina del tabique. La lata perdió su forma inicial y se cubrió de grietas, que conseguí ensanchar con la hebilla de manera que se podía exprimir el contenido en delgadas hojitas.

Chupaba pensativo esas hojitas e inesperadamente caí en la cuenta de que el problema del abrelatas me preocupaba mucho más que los Amos y los misterios del «zoo». Suspiré, bebí varios tragos de la cantimplora y me dormí.

Al día siguiente —o a la noche siguiente o en la tarde de aquel mismo día, no podría decirlo con certeza— me puse de nuevo a buscar a los Amos. Confiaba, además, llegar al local donde los alienígenas guardaban los automóviles robados porque allí podían estar las provisiones que yo llevaba de Pendzhikent al campamento. Podía encontrar también agua en los radiadores. No pude dar con los automóviles ni con las provisiones; en cambio, en uno de los túneles del «zoo», descubrí a las vacas y a las ovejas. Enfrente de una cámara donde había un bicharraco enorme parecido a una hormiga, tras una gruesa pared transparente estaban echadas las vaquitas pintojas; en la jaula contigua se apiñaban las ovejas. Este hallazgo me causó vivísima alegría; por cierto, una alegría completamente desinteresada, porque era imposible llegar hasta aquellos «terricolas». Las vacas y ovejas se sentían bien, aunque estas últimas experimentaban, quizá, estrechez. No tardé en comprender la causa. En las jaulas de al lado vi, en una, un tigre enorme, en otra, unos animales amarillos, que se movían continuamente, muy parecidos a perros. Seguramente

eran coyotes, lobos de la estepa. En las cámaras de estas fieras había esparcidos por el suelo huesos frescos y trozos de pieles, al parecer de oveja. De eso extraje tres conclusiones evidentes de todo punto. Primera, que los alienígenas se habían apoderado de un número tan grande de ovejas como alimento temporal para las fieras; segunda, que la nave de los alienígenas no sólo había estado en Tadzhiistán donde, como se sabe, no se crían coyotes ni tigres. Y, finalmente, tercera, que en el «zoo» estaba representada la fauna de varios planetas, tal vez de muchos planetas y, posiblemente, no sólo de nuestro sistema solar.

Decidí actuar metódicamente y empecé a recorrer los túneles, pasillos y pasadizos orientándome siempre hacia la derecha. Este método es muy bueno para los laberintos de la Tierra, pero resultó absolutamente inadecuado para el laberinto celeste. ¡El laberinto celeste era móvil! En lugar de los pasos ya conocidos encontraba paredes impenetrables. Las escotillas aparecían y desaparecían como por arte de magia. Vi cómo, de repente, una gran fila de cámaras se apartaba suavemente y sin ruido y abría un paso por el cual un minuto después salió de un salto un alienígena.

Al poco rato hice un descubrimiento sorprendente. Había tomado este mundo, en el que, como el filósofo de la antigüedad, vagaba con un farol en busca del Hombre, por un local situado en otro planeta, por un hangar para astronave y por un museo, pero al fin y al cabo comprendí que no era nada de eso.

Resultó ser un mundo voluble. A veces el peso de mi cuerpo aumentaba repentinamente, el suelo vacilaba bajo mis plantas, me sentía impulsado a un lado y proyectado contra la pared. Otras veces sobrevinía el estado de ingravidez. Daba un paso en falso y me elevaba por el aire volteando y sufriendo arcadas hasta que desaparecía la ingravidez. En tales momentos en las cámaras del «zoo» se podían observar escenas cómicas y aterradoras.

Imagínense una vaca, una vaquita corriente, pendiendo en el aire patas arriba. Es un espectáculo asombroso. Por cierto, las vacas y las ovejas se conducían en tal situación con bastante tranquilidad, pero el tigre... Se contorsionaba y retorció en el aire intentando alcanzar con la garra algo firme. Y el colosal sapo, suspendido entre el suelo y el techo, parecía más bien una pesadilla horrorosa que una realidad objetiva. Pero, en general, la ingravidez no ejercía por lo visto gran influencia sobre los animales. En cuanto se recobraba el peso normal todo volvía a sus cauces habituales.

La ingravidez ponía furiosos a algunos reptiles. Tuve ocasión de observar la zarabanda de un enorme bicharraco serpentiforme. Se enrollaba en apretada madeja y, enderezándose, golpeaba fuertemente con la cola, recubierta con una membrana córnea, la pared de la cámara contigua. Oí el estruendo de los golpes desde el extremo opuesto del pasillo. Era algo de pavorosa hermosura: en la parpadeante niebla azul se enroscaba y desenroscaba un dragón gigantesco. Los golpes hacían estremecerse el suelo. Ante mis ojos la pared se rajaba, cubriéndose de grietas largas y sinuosas. Vi cómo en la cámara vecina, donde estaban reclusos dos seres grandes y negros semejantes a hongos con ojos, culebreó un humo azul y los «hongos» empezaron a crisparse, dando saltos convulsos e impotentes por la cámara. Luego en la cámara del rebelde se apagó de pronto el resplandor azulado, y en la penumbra empezaron a descender, ondulando pesadamente, nubes de vapor blanquecino. De repente cesaron los golpes, terminó la zarabanda. Después tuve ocasión de ver otra vez a esta serpiente. La habían alojado en otra cámara donde permanecía quieta y tranquila. No volví a ver a los «hongos» con ojos. Su cámara estaba vacía con la luz apagada. Me asomé allí y vi sombras que se desplazaban. Creo que eran alienígenas. Supongo que reparaban la pared.

Pero me he desviado del tema. Resumiendo, muy pronto sospeché que me encontraba en un enorme navío interplanetario que volaba por el espacio. Esto quedó claro para mí sobre todo cuando una vez fui arrojado a lo largo del pasillo de las «vitriñas» y volé unos veinte metros, agitando los brazos e intentando inútilmente recobrar el equilibrio, hasta que choqué con algún objeto y rodé por el rugoso suelo. Este suceso me recordó un caso



análogo que me ocurrió en un autobús, en Leningrado, donde, de la misma manera, volé a lo largo del pasillo entre los asientos, arrebatando los sombreros a los pasajeros sentados. La analogía era exacta. Por cierto, el objeto con el que choqué resultó ser un alienígena pegado al suelo. Consiguió sostenerse, aunque no comprendo hasta hoy de qué manera.

Seguí con los ojos al alienígena, que se alejó saltando animosamente por el pasillo, me froté mis magulladuras, me senté en la actitud de Buda y me puse a cavilar.

Si aquello fuera un hangar para astronaves, como pensaba al principio, o un museo «zoo», como creí luego, al fin y a la postre hubiera conseguido salir de allí y verme bajo el cielo de otro planeta. Pero no, era una nave espacial en movimiento, una nave que cambiaba continuamente el régimen del vuelo, con una planificación móvil del espacio interior inexplicable para mí. Afuera sólo podía existir el vacío.

Quedaban otras dos preguntas: ¿había seres pensantes a bordo y cuánto tiempo se proponía este vagabundo interestelar (me refiero a la nave) permanecer en el espacio? Claro está, estos dos interrogantes pendían sin respuesta.

Me quedaban todavía un cuarto de cantimplora de agua y la última lata de conservas. Por cierto que esta lata aún había que abrirla, y el agua empezaba ya a echarse a perder. En todo caso, olía a agua estancada y a renacuajos. Yo estaba sentado con las piernas cruzadas, en medio del túnel, y a mi derecha, en una cámara medio a oscuras, parpadeaba con luces fantásticas un monstruo, mientras a la izquierda de ojos estúpidos lamía pensativa la pared transparente de su jaula.

Reinaba un gran silencio. El extremo opuesto del pasillo desaparecía en la oscuridad, y en el suelo yacían inmóviles brillantes reflejos de colores. Reparé por primera vez que el techo del pasillo también era transparente: en un lugar lo atravesaba una franja luminosa y percibí la sombra achatada de un alienígena que se deslizaba por esa franja. Traté de imaginarme esa grandiosa creación de la Inteligencia: una astronave gobernada por un cerebro mecánico, atiborrada de complicadísimos mecanismos y que se prolongaba centenares de metros hacia arriba y hacia abajo, a diestra y siniestra. «¿Será posible que no haya aquí ni un sólo ser vivo pensante? —me pregunté. No puede ser. ¿Miles de toneladas de metal transparente, centenares de máquinas araña y ni un solo Hombre?». Eso cabía imaginárselo, pero era muy difícil de creer. Unos diez días atrás yo habría podido figurarme un navío espacial tan enorme, pero por nada del mundo me lo habría creído. Ahora veía los interminables pasillos transparentes y tocaba con la mano el suelo rugoso y tibio, me fiaba de mi mano, pero no podía concebir que allí no hubiera ni un solo ser pensante más que yo.

De estos pensamientos me distrajo la vaca que de pronto dejó de lamer la pared, se retiró al fondo de la cámara y se puso a beber de una cubeta transparente. Sentí con particular intensidad mi garganta reseca y hambre. Y entonces se me ocurrió una idea. Me levanté de un salto y eché a correr por el pasillo, maldiciendo a voz en cuello. Me llamaba botarate y cretino. Tenía que haberlo pensado antes, mucho antes. Necesitaba a un alienígena. A cualquiera. Pero cuanto antes: no tenía paciencia para esperar.

Encontré rápidamente a un alienígena. La «araña» estaba en una sala medio oscura junto a la pared y trajinaba con las extremidades delanteras en un orificio negro no muy ancho. No me prestó la menor atención. Tenía aspecto de estar muy atareado y de ser poco amable, pero de todos modos lo llamé y cuando esto no surtió efecto le di una palmada en el lomo y me quemé la mano. El alienígena levantó dos patas y adoptó su actitud habitual sin dejar de trajinar en el agujero negro donde de vez en cuando brotaban y se apagaban largas chispas azules. No había manera de comprender dónde tenía las extremidades delanteras y dónde las traseras, y tras corta vacilación me decidí. Introduje la mano en el seno, saqué la lata de conservas y la dejé en el suelo. Dije:

—Aquí tienes. Cógela, amiguito, y llévala al depósito.

Yo confiaba que el alienígena llevaría la lata y la pondría con los demás objetos terrestres; yo lo seguiría corriendo aunque fuera por toda la nave, pero encontraría ese

depósito y entonces todo sería más fácil. Mas el alienígena permaneció un rato inmóvil, después cogió la lata, le dio vueltas entre las patas y la puso de nuevo en el suelo. Me sentí chasqueado.

—Pero ¿qué haces? —dije.

El alienígena callaba.

—¿Qué pasa? —pregunté.

El alienígena emitió un sonoro chasquido, cerró con fuerza una portezuela y se alejó sin volverse. Entonces tomé la lata y me convencí inmediatamente de que estaba abierta. Mejor dicho, estaba cortada transversalmente, la mitad superior se separó de la inferior, que quedó en el suelo. El succulento aroma del salmón impregnó el aire, y no resistí. Cogí la mitad de la lata y la vacié. Luego tomé unos tragos de agua pútrida de la cantimplora y me sentí el hombre más satisfecho del Universo. Podía reanudar las búsquedas.

Para empezar eché a andar a lo largo de la pared, porque al fin y al cabo me daba igual a dónde ir y no tardé en toparme con un alienígena, creo que era el mismo. En todo caso éste también trajinaba en la pared, iluminado por chispas azules. Me acerqué y dije: «Gracias». Lo dije con toda seriedad, aunque me hubiera gustado más que el alienígena me hubiese ayudado a encontrar el depósito. Luego me puse en cuclillas a su lado y empecé a observar. El alienígena chasqueaba, se iluminaba, yo intenté comprender lo que hacía, pero no lo entendía. El alienígena concluyó el trabajo, y nos miramos uno a otro. Es decir, lo miré yo. Era difícil comprender a dónde miraba él.

Y entonces me puse a hablar con él. Le hablé en el tono de un hombre aburrido que conversa con un perro. Empecé charlando simplemente: qué listo eres, amiguito, y qué obediente, ¿cómo te llamas?... y otras cosas así. Él no se iba y entonces, inspirado, me puse a hablarle de la Tierra, de los hombres, de mí mismo y de arqueología. Hablé largo rato: él seguía parado y escuchaba, inmóvil como una estatua; de pronto advertí que al lado había otros cinco alienígenas reunidos a mi alrededor.

Y entonces comprendí que me escuchaban y grababan lo que decía. Me levanté. Coordiné ideas y seguí hablando. No era mi primera conferencia, pero una conferencia como aquella no la había pronunciado nunca. Por primera vez en varios días sentí que hacía algo útil. ¡No faltaba más! A través de los alienígenas yo me dirigía a los ignotos Amos de todas aquellas máquinas. Hablaba de la Tierra y del género humano, de las guerras y las revoluciones, de arte y de arqueología, de gigantescas construcciones y de grandes planes. Intenté explicar los adelantos de nuestras ciencias exactas, pero temo que en esta parte mi conferencia tuviera un carácter un poco confuso. Y no me atreví a hablar de las bombas atómicas y de hidrógeno ni de los gases asfixiantes. No sé por qué me dio vergüenza... De todo lo demás hablé en detalle y con entusiasmo. Pienso que si los Amos descifran esta grabación —y eso es indudable— se sentirán satisfechos. Por lo menos sabrán que sus máquinas se han encontrado con hermanos de Inteligencia.

Cuando concluí y dije: «Es todo», los alienígenas permanecieron parados un momento, después se iluminaron a la vez y, mientras me restregaba los ojos, desaparecieron todos hasta el último.

Anduve algún tiempo por los pasillos bajo la impresión de este acontecimiento. Estaba muy orgulloso de mí mismo y dejé de mirar con temor a los alienígenas. Para mí ahora eran algo así como buzones de correspondencia a los cuales había confiado mi mensaje a la otra humanidad. Eso no quiere decir, claro, que dejara de admirar estos magníficos mecanismos. Pero simplemente comprendí de pronto con todo mi ser que no eran más que mecanismos. Muy ingeniosos, pero inevitablemente limitados, como todos los mecanismos.

Mas, por supuesto, al haber cumplido mi misión no facilitaba mi situación. Recorrí, según me pareció, todo el piso y no encontré nada nuevo. No hallé ni siquiera el modo de subir más arriba. En cambio, acabé con las conservas y muy pronto empecé a pasar hambre de verdad.

Vagaba ante las cámaras de los animales terrestres, me paraba largo rato frente a ellos

mirando ansiosamente cómo los coyotes desgarraban trozos de algo blanco rosado y bebían agua. Sí, a bordo había alimentos y agua. En el redil quedaban tres ovejas nada más; seguramente habían decidido conservarlas, y ahora las fieras se alimentaban con otra comida, tal vez sintética. A bordo había alimento y agua, eso yo lo sabía a ciencia cierta.

Una vez fui a parar a un pasillo ancho y bajo de techo, una rendija por la que se podía andar solamente encorvado. Llegué bastante lejos y de pronto oí delante el conocido chirrido y castañeteo metálico. A mi encuentro corrían dos alienígenas. Por regla general, iban de uno en uno, pero no fue eso lo que me sorprendió. Portaban un objeto largo y blancuzco, parecido a un madero cepillado. Y el madero olía... —no sé como describir ese olor y ya no lo recuerdo—, olía a comida. Los alienígenas llevaban comida. Y cuando el oloroso objeto blanco llegó a donde estaba yo, pegué un salto. Tiré de él, lo estrujé, me volqué con todo mi peso sobre él. Los alienígenas continuaron su carrera sin hacerme ningún caso y me arrastraron unos diez metros. Luego caí. En mis manos quedó un trozo grande de sustancia aromática y blanda semejante al queso de cabra. Los alienígenas prosiguieron su carrera, y yo me di un festín allí mismo. Creo que era muy sabroso.

Posteriormente realicé varios asaltos así. Al parecer, los alienígenas no se daban cuenta. Me di dos verdaderos atracones. La tercera vez me tocó una porquería... Seguramente no estaba destinada a los «terrícolas». Olía a amoníaco y a algo así como petróleo. De todos modos, el hambre no me atormentaba mucho. En cambio la sed...

Cuidaba los últimos tragos de agua como las niñas de mis ojos. Pero llegó la hora en que no pude contenerme y bebí hasta la última gota. Arrojé la cantimplora a la oscuridad. Creo que está allí hasta ahora. Según mis cálculos, eso fue al décimo o undécimo día, poco más o menos. Me quedó solamente la linterna con la última pila consumida hasta la mitad y un cacho de comida sintética robado a los alienígenas.

No tardé en sentirme muy mal. Me moría de sed. Además, la comida sintética no era de muy buena calidad. En todo caso el que apestaba a petróleo no me gustó. En una palabra, se me doblaban las rodillas, la cabeza me daba vueltas y caí al suelo en medio del pasillo.

Y entonces ocurrió una cosa extraña. Desde el comienzo mismo me intrigaba saber por qué los alienígenas que me habían secuestrado en la cumbre de la colina dejaron de prestarme atención en cuanto me hubieron examinado mejor. El helicóptero me raptó cuando trepaba a gatas por la abrupta pendiente. Entonces no logré comprender nada: el súbito rugido de motores, el empujón en la espalda, las duras pinzas que me agarraron por los costados y la oscuridad. Sólo pude rugir con mala voz y percibir el olor del ozono; después se hizo de nuevo la luz, pero me encontraba ya en la pista de aterrizaje de los alienígenas.

Mas aquí, en la enorme nave inerte, empecé a ver claras algunas cosas. Por lo visto, los alienígenas estaban amaestrados, si puede decirse así, solamente para tratar con seres irracionales, con todo lo que reptaba, trepa o corre a cuatro patas. De otro modo no me explico el hecho de que los alienígenas, que no reparaban absolutamente en mí cuando era capaz de sostenerme derecho, manifestaran tan sorprendente actividad en cuanto me puse a gatas de debilidad. A través del zumbido en los oídos escuché sus pataleos y sus chirridos, a la luz de la linterna vi que se habían reunido en un pequeño grupo y de repente se lanzaron sobre mí. Me agarraron de los costados y me llevaron no sé a donde. Quemaban como una estufa recalentada, el olor del ozono hizo que me sintiera mejor, quise desasirme e intenté levantarme. Lo conseguí y en cuanto me enderecé y hablé con ellos (no recuerdo exactamente mis palabras, creo que les dije: «¡Qué hacéis, muchachos!») me soltaron y me rodearon chirriando animadamente. Fue entonces cuando empecé a comprender algo. Mientras me tenía en pie, yo era para ellos un Amo. Homo Sapiens Erectus, un ser no subordinado a ellos, Soberano de Todo lo Existente. Pero al ponerme a gatas me convertía inmediatamente en un animal al que había que agarrar, encerrar en una jaula, estudiar... y... dar de comer y beber. Esta última consideración me dejó pensativo.

Pero resistí la tentación. Tenía una sed loca, estaba hambriento, desfallecía, pero resistí

la tentación. ¿Estar encerrado con las vacas por vecinas, engordar y rumiar?... Pese a toda su seducción esta idea me inspiraba repugnancia y horror. En aquel momento me sentí con más fuerza que nunca. Me enderecé, abombé el pecho y les pegué un bufido a los alienígenas. Les grité que se largaran. Y se largaron. Me miraron un poco, chirriaron y se largaron.

La sed, la extenuación nerviosa, el olor repugnante y el cansancio mortal me las hacían pasar negras. Creo que empecé a delirar. Me figuré de pronto que me encontraba a bordo de un colosal «Holandés errante» interplanetario, que los alienígenas eran fantasmas mecánicos de sus Amos muertos hacía tiempo, malditos un día por haber cometido un crimen monstruoso, que en las entrañas de esta nave se escondía el espíritu de su capitán, el marciano van Straten o van der Deken, condenado por sus inconcebibles pecados a errar eternamente en los abismos espaciales. Estos fueron los últimos días de mi permanencia a bordo. Y precisamente en aquellos últimos días hice los descubrimientos más notables.

En mis estériles búsquedas del Hombre y del agua llegué a una de las cámaras vacías. Recuerdo que fue en un túnel completamente despoblado. Allí estaba oscuro y hacía calor. La luz de la linterna resbaló por la pared y sentí como una descarga eléctrica. Me pareció que me había vuelto loco definitivamente. Vi en la pared el tosco dibujo de una gran ave con las alas extendidas y una breve inscripción. La inscripción constaba de siete signos nada más, escritos sin cuidado en un renglón torcido. El ave había sido pintarrajeada con una pintura espesa y reseca que resaltaba en la pared gris. Las letras habían sido rayadas con algo puntiagudo. ¿Se imaginan mis sensaciones? Salí de estampida. Corrí por los pasillos. Con nuevas energías y esperanza y me puse a buscar a un semejante. No sé por qué, pero estaba seguro de poder encontrarlo, aunque la inscripción y el dibujo podían haberlos hecho miles de años atrás. Muy pronto me debilité y caí sin conocimiento y cuando lo recobré ya no pude encontrar aquella cámara. Sentía deseos de volver allá, pero... Me esperaba otro descubrimiento, aún más notable y extraño.

No recuerdo cómo me metí en un túnel largo y bajo que me llevó a un pozo, a una verdadera sima sin fondo. Yo yacía en el borde y miraba con estúpida curiosidad la negra profundidad de la que subían oleadas de fetidez caliente. Me pareció que abajo se movían unas lucecitas, que brotaban chispas blancas y brillantes. Me acomodé, apartando los codos y poniendo el mentón sobre los puños, y de pronto mi codo se hundió en algo blando. Me incorporé trabajosamente y alumbré. A mi lado yacía un cadáver. Mejor dicho, una momia, el cuerpo negro y reseco de un ser humano. Yacía en el borde mismo del pozo, hecho un ovillo, con las rodillas junto a la cabeza. Era un cuerpo pequeño, seco, carbonizado...

Lo miré largo rato tratando de comprender si era un delirio o realidad. Luego me decidí y toqué con la mano temblorosa de debilidad la mano del muerto. Se desmenuzó en polvo, y bajo un montoncito de ceniza negra brilló algo metálico: era un raro amuleto, una pesada estatuilla de platino, un hombrecillo de tres dedos. Lo cogí, le limpié con cuidado el polvo y me lo guardé en el seno. En aquel momento me interesaba poco. Estaba sentado, miraba la momia negra y veía mi propio final. Comprendí que no podía confiar en nada más. Me imaginé a este hombrecillo cuando aún estaba vivo, rebosante de energía y de verdadera curiosidad humana, cuando, lo mismo que yo, intentaba penetrar en el misterio de la extraña astronave. Seguramente sucedió hace mucho tiempo. ¿Cuándo? ¿Quién era? ¿Qué escenas surgieron ante sus ojos? ¿Quién estuvo esperándolo y no llegó a ver su regreso?

Los recuerdos de los últimos días y horas de mi permanencia en la astronave son muy confusos. Seguramente estaba ya enfermo. Y es posible que lo que voy a contar ahora no pase de ser desvaríos.

Creo que estaba sentado en una vasta sala, llena de máquinas complicadas y brillantes. Me invadían raras sensaciones. Oía voces y una música ruidosa, arrítmica. Y sentía que alguien me miraba a los ojos. No sé cómo explicarlo: sentía la mirada, pero no veía los ojos.

No sé por qué no los veía: tal vez por encontrarse a incontables millones de kilómetros de mí o quizá porque no existieran... Pero sí había una mirada atenta, fija, sorprendida. No recuerdo cuánto duró esto. Aparecieron unos alienígenas y me levantaron cuidadosamente. Me resigné. Estaba muy débil y apenas me sostenía de pie. Me llevaron no sé a dónde. Después hubo oscuridad, ingravidez, rugido de motores y, en el rostro, el aire fresco, conocido e infinitamente querido, de la Tierra.

En este momento volví en mí por poco tiempo y comprendí por puro instinto lo que sucedía. Comprendí que me devolvían a la Tierra. Por orden de los Amos, los alienígenas devolvían a la Tierra a un ser racional bípedo que había penetrado en sus dominios sin permiso, sin haber sopesado sus fuerzas y posibilidades. Y pensé que todo —mis planes, mis propósitos—, todo lo que había conseguido se iba al diablo. Empecé a resistirme. Y de qué manera. Gritaba, suplicaba que me volvieran a la nave, que me mostraran a los Amos... Lo último que recuerdo es el rugido de los motores del helicóptero, un fregonazo cegador y una sensación de humedad y frío.

Lo que sucedió después ya se conoce. Me recogieron unos militares que servían no lejos y me enviaron al hospital. Eso lo supe ya después, cuando recobré el conocimiento y me repuse definitivamente. Estuve sin sentido casi medio año. Encontraron que padecía una fuerte extenuación del organismo, pulmonía doble, delirio cerebral y no sé qué más. Los médicos no podían diagnosticar mi enfermedad. Sospecho que la cogí en la nave. Pero sané. Sané y recordé cuando me contaron algunas cosas. Eso es todo.

Mis aventuras no fueron estériles. Dicen que presté una gran ayuda a la Comisión de Dushanbé. Además, me convencí de que me ama mi esposa, me aprecian los amigos y no me entienden las máquinas. Creo que podré aprovechar estos conocimientos en lo sucesivo... si tengo la suerte de ir a parar otra vez al cono de los alienígenas. Por cierto, ahora no me separo de la navajita abrelatas. ¡Es una cosa muy útil! Sirve perfectamente para cortar las hojas de los libros.

Pero ¡qué lástima que no fueran nada más que máquinas!

**FIN**

Publicado en: Tierra Fantasy, nº 1  
Edición digital: J.M.C.M.